

ADVIENTO 2023/24

Todos los tiempos litúrgicos promueven el valor y la vivencia de la esperanza, pero el tiempo de Adviento de forma especial, pues expresa el clamor de la humanidad que pide al Señor venga a reinar. Nuestro mundo se ve azotado por diferentes ataques a la fe y a los valores cristianos. Esta falta de fe, nos lanza a renovarnos en muchos aspectos humanos y espirituales, sociales y culturales. Descubrimos más profundamente que somos vulnerables y que nos necesitamos unos a otros.

Somos llamados por Dios a descubrir su amor y cuidado; pero, además, en el ejemplo de María Santísima, quien pone su vida al servicio de Dios y al bien de toda la humanidad. Ella es *«Madre de la Esperanza»*, y así la invocamos, pero también queremos imitarla en su amor y fe. Si de verdad tenemos fe y amor a Dios, esto debe traducirse en esperanza que nos lleva a perseverar cuidándonos y tratando de ayudar. Quien vive así tiene esperanza cristiana y sabe que, toda situación con la ayuda de Dios y la colaboración de todos también pasará:

“Danos, Señor, tu luz, para mirar la vida con ojos de evangelio. Ayúdanos a confiar en ti, con todo nuestro corazón, para aprender a poner en tus manos, toda nuestra existencia. Necesitamos cambiar y volver a Ti, queremos vivir la conversión y fortalecer nuestra fe. Quitá, de nuestros ojos, la venda que nos impide sentir y vivir movidos por tus enseñanzas. Aclara nuestra mirada, danos tu luz, cambia la ceguera de nuestra incapacidad para crecer y vivir como discípulos tuyos”.

Con el tiempo de Adviento iniciamos la preparación para celebrar el Nacimiento de Jesucristo. Esta preparación nos invita a considerar las expectativas del pueblo de Israel respecto a la aparición del Mesías, el Redentor. Este año entramos en el ciclo “B” y, las lecturas del evangelio que la Liturgia nos prepara son: El primer domingo no pide que estemos en vela: *«“Velad”. Estad atentos, vigilad: pues no sabéis cuándo es el momento»* (Marcos 13,33). El segundo nos exhorta al cambio: *«Preparad el camino del Señor, enderezad sus senderos»* (Marcos 1,3b). El tercero nos presenta el testimonio del Bautista; *«En medio de vosotros hay uno que no conocéis, el que viene detrás de mí, y al que no soy digno de desatar la correa de la sandalia».* (Juan 1,27). Y el último nos describe la Anunciación a María: *«Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo».* (Lucas 1,28). Con sus lecturas y oraciones propias, nos expresa de modo especial, los valores y modos que nos ayudan a disponer nuestro corazón para aprovechar la riqueza de la Gracia de Dios y la espiritualidad propia de este tiempo. Así como con otros elementos: la caridad (en especial con quien más lo necesita), el rezo de la corona de adviento, la ambientación en casa de un Belén o Nacimiento, con lo que expresamos nuestra esperanza y nuestra alegría por la presencia de Dios con nosotros.

El adviento es un tiempo para recordar, para expresar nuestro agradecimiento, para maravillarnos. Para hacer memoria de la espera de María viviendo en perspectiva el nacimiento de su hijo. Para hacer memoria de Dios, de su gran amor para con nosotros sus creaturas débiles. Nos inclinamos frente al propósito de nuestro Dios, que quiso tomar nuestro cuerpo y vivir entre nosotros, Él tan plenamente humano y tan plenamente Dios. Hacemos memoria de lo que Dios ha prometido realizar en nosotros, sus amados. Tiempo donde Dios nos busca y donde buscamos a Dios, Él nos alcanza en nuestra vulnerabilidad, nuestra soledad y nos hace capaces de compartir la esperanza con un mundo sufriente. El adviento es un tiempo de unidad con nuestro Dios-protector, quien vigila sobre los miles de personas en nuestro mundo que son empobrecidas, a quienes les faltan protección y refugio o que son incapaces de encontrar un lugar propio.

El adviento es el tiempo de nuestra esperanza. De sentirnos en espera con los más sufrientes de nuestro planeta y ansiar el día donde toda esta miseria se acabará, el día donde nos esforzaremos para tender la mano, para compartir la vida con aquellos que son heridos, sufren, enfermos o inválidos. Estar a la espera del día donde toda rencilla se acabará, y donde las naciones se tomarán de la mano en un gesto de unidad. De suspirar para que se realice la comunión y la fraternidad entre todos. Esperamos y velamos con una impaciencia ardiente.

El adviento, es también el nacimiento de la paz. Oramos para que se terminen los conflictos y las guerras y que todas las armas destructivas se transformen en instrumentos de paz y en herramientas para producir alimentos. Es un tiempo para reparar los errores y rehacer los puentes. Durante el adviento, nuestro deseo de amar y nuestra esperanza de perdón son santificados por la luz que luce en las tinieblas y nos permite hacer la experiencia de la grandeza de nuestro valor y dignidad humanos.

La riqueza del tiempo del Adviento parece a menudo ahogada en nuestros preparativos profanos de Navidad. En el alboroto de las decoraciones de nuestros hogares, de las compras, de las visitas y vacaciones a planificar, la potencia y la presencia de la gloria de Dios capaces de transformar todo nuestro mundo pasan demasiado desapercibidas. El adviento celebra las estaciones de nuestra vida y nos invita a compartir el amor de Dios con las personas encontradas. Una verdadera experiencia del adviento sería la realización de nuestro deseo de renovar el reino de Dios en nosotros y alrededor nuestro. Durante el adviento reconocemos con gratitud la presencia de Dios en nuestro mundo a pesar de las guerras y los conflictos. Celebramos la obra de Dios a pesar de las heridas y las tragedias de la vida. El mensaje que nos llega en el adviento es que *«la salvación ha llegado hasta nosotros».*